

A FUERZA DE VALOR



Agustín Orero Buendía

Doce Calles

Agustín Orero Buendía

A FUERZA DE
VALOR

EDICIONES DOCE CALLES

ÍNDICE

PRIMERA PARTE LO INESPERADO

I. Una amarga experiencia.....	13
II. Funesto desenlace	41
III. Consejos oportunos.....	57
IV. Golpe irreparable	69
V. Radical cambio de vida	77
VI. Una decisión arriesgada	83
VII. En la boca del lobo	93
VIII. Tentando la suerte.....	107

SEGUNDA PARTE DESARROLLO PROFESIONAL Y PERSONAL

IX. Una nueva vida.....	129
X. Responsabilidades y riesgos del cargo	139
XI. Las amenazas pueden cumplirse	147
XII. Las tragedias pueden repetirse	157
XIII. Riesgo no controlado	173
XIV. Viejas causas, nuevos problemas	201
XV. Inesperada coincidencia.....	223
XVI. Nueva actitud y nuevos sentimientos.....	245
XVII. Decisión desconcertante	255
XVII. Lo malo esperado... llega	267
XIX. Encuentro no previsto..., pero oportuno.....	277
XX. Un paso importante	293

TERCERA PARTE LAS LUCHAS EMPRESARIALES

XXI. Una noticia decepcionante.....	301
XXII. Jugada sibilina	315

XXIII. ¿Rendirse o luchar?	329
----------------------------------	-----

CUARTA PARTE
APOSTANDO FUERTE

XXIV. Un viaje incierto	345
XXV. Desconfianza, incertidumbre	363
XXVI. Nuevos problemas, más lucha	373
XXVIII. Un éxito quebrado.	381
XXVIII. La vida continúa	399
Personajes y entidades que aparecen en la novela	403

I

UNA AMARGA EXPERIENCIA

Mayo 1978

1

Una cálida noche, avanzado ya el mes de mayo, Antonio Navarro dormía plácidamente junto a María, su esposa. Ya de madrugada, aunque todavía de noche cerrada, sintió un repentino sobresalto, sin poder discernir si se trataba de un sueño o estaba despierto. Una luz intensa chocaba contra sus ojos y con dificultad intentaba abrir sus párpados, pero ese fuerte resplandor se lo impedía. Aturdido, soñoliento, sin control de lo que hacía, trató de incorporarse en la cama, alzando su mano de forma que pudiera tapar esa luz que lo cegaba, sin ser consciente de lo que estaba ocurriendo y de dónde provenía. Con el desequilibrio propio de esa situación tan extraña y descontrolada, sufrió un repentino estremecimiento al oír:

—¡Vamos, tío, sal de la cama!

Sus sentidos se activaron inmediatamente, su mente quedó despejada porque esas palabras chocaron en su cerebro y comprendió que eran el aviso de un peligro. Se tensionó y notó una descarga de pavor que recorrió todo su cuerpo. Desplazó la sábana hacia un lado para salir de la cama, sin ser consciente de lo que le estaba ocurriendo, pero convencido de que se enfrentaba a una seria amenaza.

Ya de pie, junto a su cama, quedó paralizado al observar lo que tenía frente a él. Al no apuntarle de forma directa esa luz que tanto le cegaba, en la pequeña claridad que se desprendía de ella pudo descubrir la silueta borrosa de un hombre situado a poca distancia,

quien con su mano izquierda sujetaba una linterna y con la derecha portaba lo que le parecía una pistola, con la que le apuntaba. Con mano temblorosa buscó el interruptor de la lámpara de su mesita de noche. Al encenderla y observar el cuadro que tenía delante quedó inmóvil, sin capacidad de reacción. Con expresión de miedo y perplejidad trataba de abrir al máximo los párpados. Su cerebro se negaba a asimilar el espectáculo que tenía ante él.

Detrás del individuo que le apuntaba con el arma, colocado frente a él a unos dos metros, pegados a la pared, vio a sus hijos, Antonio y Guillermo, de 7 y 5 años, y su pequeña hija María, de 3 años, todos en pijama, llorando con espasmos y unos lagrimones que recorrían sus mejillas, temblorosos por el pánico que sufrían. A su lado, recostado sobre la pared de la habitación, vio a otro hombre que los vigilaba. No muy lejos, en la puerta, otro individuo que parecía muy joven tenía sujeta por el brazo a Paquita, la chica de servicio interna, quien, en camisón y con cara de pánico, mantenía un lloro contenido. Quería pensar que debía tratarse de un sueño terrorífico. Pero no, era una realidad que tenía ante él y no sabía ni cómo digerir ni cómo podía hacerle frente.

Se sentía atenazado, sin capacidad de reacción, con un desequilibrio en todo su cuerpo que le producía calambres en sus piernas, dificultad para respirar y una aceleración brusca de los latidos de su corazón, con sensación de inestabilidad mental.

Su hija pequeña, al observar levantado a su padre, se zafó del individuo que los vigilaba, corrió hacia él y se agarró con fuerza a sus piernas. Debía buscar la confianza que podía ofrecerle su progenitor en esos momentos de terror. Él, con el corazón partido al ver que su pequeña trataba de encontrar su refugio, acarició suavemente su cabeza con el deseo de transmitirle su cariño. Sufría con desesperación por el desgarrador lloro con que ella se agarraba con fuerza a sus piernas. Con el deseo de tranquilizarla y ofrecerle su protección, la izó y la tomó entre sus brazos, aferrándose la pequeña a su cuello con tal fuerza que le dificultaba el normal movimiento de su cabeza.

Contemplar a sus hijos en esa situación, asustados, llorosos, pegados contra la pared y a su hija que temblaba de terror agarrada a su cuello, su mente y su cuerpo sufrieron una repentina transformación. Esa sensación de miedo que sentía se transformó repentinamente en una tensión de agresividad e ira descontrolada. No podía soportar ni admitir el sufrimiento que esos canallas causaban a sus hijos. Sus manos se cerraban con fuerza, rechinándole los dientes, con deseos irrefrenables de atacar a esos individuos que aterrorizaban a su familia. Solo sentirse fuertemente abrazado por su pequeña le impedía saltar hacia sus atacantes, como le estaba pidiendo su instinto en ese momento.

Con dificultad, porque el abrazo tan desesperado de su pequeña se lo dificultaba, se giró hacia el lado de la cama donde se encontraba su mujer, que en ese momento se despertaba sobresaltada, con rostro desencajado al observar el espectáculo que tenía delante. Miraba pavorida a sus hijos y a su marido, sin comprender lo que ocurría. Le salieron unas palabras que, por el impacto emocional y de pánico que sentía, apenas pudo pronunciar con claridad:

—¡Dios mío! ¿¡Qué está pasando!?

Antonio intentaba sacar fuerzas para transmitirle tranquilidad. Extendió su brazo derecho con la palma de su mano abierta para decirle:

—Tranquilízate, cariño. No sé qué ocurre, pero debes tranquilizarte. —Se lo pedía con ese ánimo de transmitirle serenidad, preocupado por las consecuencias que pudiera tener para ella este cuadro tan terrorífico. Era consciente de que en ese momento y en esa situación tan horrenda era muy difícil pedir sosiego, porque tampoco él podía conseguir esa tranquilidad que solicitaba a su esposa.

De nuevo oyó la voz fuerte y aguardentosa del individuo que le apuntaba con la pistola, que retumbaba en la habitación como un eco aterrador que hacía estremecer a toda la familia:

—¡Todo el mundo fuera de aquí! ¡Enseguida! —gritaba para que desalojaran la habitación, blandiendo su pistola, lo que hacía temer

a Antonio que con esa energía que la movía pudiera dispararse y herir a alguien de la familia.

Por ese temor Antonio decidió moverse para salir de la habitación como le habían ordenado. Al observar que su esposa trataba de ponerse de pie sin conseguirlo, porque sus piernas no debían corresponder a las órdenes de su cerebro, presa del terror que sentía, fue a ayudarla y la cogió por la cintura con el brazo que le quedaba libre al tener sujeta a su hija con el otro. Ambos intentaban salir de la habitación como le habían ordenado. Antonio miraba a sus dos hijos, que se encontraban apoyados contra la pared, aterrados, sin dejar de llorar y temblando. Le llegaba al alma verlos así, tan indefensos, horrorizados y a merced de esos indeseables que se habían atrevido a asaltar su casa. Sentía una agresividad que se estaba convirtiendo en un deseo irrefrenable de enfrentarse físicamente a ellos.

Todos salieron de la habitación y llegaron al salón de la casa, sin dejar de ser vigilados por los que los miraban con caras amenazantes. Con las indicaciones del pistolero, se sentaron juntos en un amplio sofá, abrazados los hijos a sus padres. Antonio extendió sus brazos con el deseo de cobijar a todos entre ellos.

Pronto descubrió cómo habían podido entrar esos individuos en su piso. Esa noche habían tenido la imprudencia de dejar abierta la puerta del salón que daba a la terraza, debido a que en esos días había sobrevenido un calor prematuro. Aunque era un piso alto, en uno de los edificios más simbólicos y nuevos del paseo de Rosales en Madrid, pudieron escalar hasta allí con bastante facilidad. Para arreglar unos problemas surgido en los paneles de la fachada del edificio, se había colocado un gran entramado de tubos metálicos y andamios, que permitía un fácil ascenso a los pisos. La puerta abierta de la terraza de su vivienda fue el reclamo apropiado para entrar. Se reprochaba de este gran descuido, sin que advirtieran el problema que podría ocasionarles.

Al estar encendidas las luces del salón podía contemplar con total nitidez a sus atracadores. Se fijó primero en el mayor, quien estaba de pie frente a él, a cierta distancia, con la pistola en su mano derecha, aunque ya no les apuntaba con ella. Calculó que debía tener

una edad sobre cincuenta y cinco años, de mediana estatura, no debía llegar a 1,70 metros, de complexión fuerte, ancho de hombros y no muy grueso. Vestía una vieja chaqueta de pana de distinta tonalidad a los pantalones de la misma tela, que le caían en exceso sobre unos viejos zapatos. Calaba una gorra marrón, de la que, en la parte de la nuca, salían unos largos pelos que parecían mojados, pero que quizás se debiera al sudor y la suciedad, que debía ser la causa del ribete negro que se manifestaba en la parte baja de la gorra. Su cara presentaba un aspecto muy desagradable, con una gran cicatriz en su mejilla izquierda que quizás pudiera haber sido producida por un navajazo, pensó Antonio, propio de individuos de esta calaña. Pero lo que más impresionó a este desde el primer momento que pudo mirarlo cara a cara fue su mirada: una mirada fría, temeraria, provocativa, que podría encerrar un deseo de hacer daño. Le recordaba a la de un felino dispuesto a atacar.

Miró de soslayo a los otros dos acompañantes. Frente a él, reclinado sobre el brazo de un sillón donde se había sentado Paquita, vio a un joven que no debía llegar a la mayoría de edad, de estatura muy similar al anterior, de aspecto desaliñado y sucio, con gestos bobalicones, que daba la apariencia de no tener demasiadas luces. Debía ser hijo del que llevaba la pistola porque tenía algunos rasgos físicos en común. A la derecha, de pie, se encontraba el tercer acompañante, un hombre alto, cerca de un metro ochenta, bastante delgado, de algo más de treinta años, mejor vestido, al menos no tan estrafalario, cuyo aspecto podía pasar por una persona normal que desentonaba con el de los otros dos.

Antonio era una persona impulsiva, no le echaban para atrás situaciones arriesgadas y tenía disposición a enfrentarse a ellas si fuera necesario. Con treinta y seis años, muy ejercitado físicamente, confiaba en su fortaleza y buena preparación. Disponía de una gran envergadura, 1,85 metros, amplias espaldas y cuerpo atlético. Esa confianza en su corpulencia y también sus conocimientos de boxeo, deporte que le apasionaba y había practicado en su juventud durante muchos años, unido a su fuerte y, a veces, explosivo carácter, le habían hecho enfrentarse a lo largo de su vida a situaciones arriesgadas.

Ahora, en ese estado de sufrimiento en el que veía inmersa a toda su familia, su cuerpo estaba en tensión y preparado para una acción inmediata. Calculó que podría echarse sobre el individuo que tenía delante, desarmarlo y noquearlo, lo que consideraba podría hacerlo sin demasiada dificultad, y se libraría después de los otros dos con cierta facilidad.

En esa situación de rabia y desesperación notaba un sudor frío que recorría su espalda y mojaba la chaqueta de su pijama pegándolo a su cuerpo. Su mandíbula se cerraba con fuerza, su semblante palidecía, sus puños se apretaban, los hoyuelos de su nariz se abrían para permitir una mayor entrada de aire y ofrecía una mirada fría e inexpresiva. Todo ello representaba la antesala de una acción agresiva.

La visión de su familia totalmente indefensa a merced de esos desalmados, los silenciosos gemidos y convulsiones de llanto de su mujer y de sus pequeños, le hacían sentir una rabia incontrolada. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salir de esa situación, incluso aunque en ello le fuera su vida.

En ese trance de furia e ira que tenía alterada hasta la última fibra de su cuerpo, le llegó una recomendación interna: «Debes olvidarte de esos impulsos para no poner en peligro a tu familia y buscar otras soluciones». Con el deseo de que la voz no le temblara y sonara con contundencia, se atrevió a decir:

—¿Son conscientes del daño irreparable que pueden provocar en esta familia, especialmente a unos niños tan pequeños? ¡Díganme! ¿Qué quieren? —preguntaba elevando el tono de voz y encarándose al pistolero.

El individuo al que se había dirigido irguió su cuerpo, como señal de considerarse superior, con la confianza que le daba estar armado. Esbozando una sonrisa cínica, le contestó:

—Si usted es un hombre listo no debe preocuparse. Nos da lo que queremos, nos marchamos y aquí se acabó esta historia. No creo que quiera poner en peligro a su familia y le aseguro que estaría en peligro si no hace lo que le decimos —le respondía con cierta firmeza, con claros deseos de intimidación.

Esta novela, como continuación de *A fuerza de voluntad*, marca el periplo de unos años en la vida del joven banquero Antonio Navarro, quien, alcanzado un éxito profesional fulgurante en aquellos años 70 del pasado siglo, recibe un terrible y desgarrador revés que le hace cambiar su vida, cayendo en un profundo aislamiento y en una situación depresiva de difícil salida.

La lucha, el esfuerzo y, especialmente, el valor del protagonista para rehacer su vida, pone de manifiesto cómo un hecho puntual, que tiene que ver con aquél revés tan terrible que en su día sufrió, puede hacer cambiar la vida de un hombre y llegar de nuevo al éxito. Para ello, se ve obligado a superar muchas dificultades, traiciones, amenazas y atentados contra su vida.

Los barrios marginales del Madrid de los 70, el amor y el complejo mundo de la banca, constituyen el marco fundamental en el que se desarrolla esta obra.

ISBN-13: 978-84-9744-428-6



9 788497 444286